

Josefina Muriel

*Cultura femenina novohispana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

545 p.

(Serie Historia Novohispana, 30)

ISBN 968-58-0313-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 abril 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libro/cultura/femenina.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

## CAPÍTULO VII

### LA LITERATURA DEVOTA. LA LITERATURA GASTRO- NÓMICA FEMENINA. LA MÚSICA. PINTORAS. LA ESCULTURA. EL BORDADO. LAS MATEMATICAS

#### LA LITERATURA DEVOTA

ENTRE LAS obras de carácter exclusivamente religioso, hubo unas populares que son las que conocemos con el nombre de literatura devota. La forman meditaciones, sermones, horas de Nuestra Señora, novenas, quinarios, triduos, estaciones del Vía Crucis, oraciones, etcétera. De esta producción se ocuparon por igual obispos, teólogos, misioneros, sacerdotes y aun poetas.

Ya desde el año de 1559, hallamos impresas en la Nueva España oraciones, salterios y rosarios. En 1567 salen de las presas de Ocharte las *Horas de Nuestra Señora* que en lengua náhuatl compusiera fray Alonso de Molina. Bajo el rubro del impresor Juan Bautista Balli, aparecen en 1597 unas Octavas Reales en honor de San Jacinto, compuestas por el poeta Juan Arista.<sup>1</sup>

A pesar de haberse dado en 1573 la concesión de imprimir los libros de oraciones para todo el mundo hispánico al monasterio del Escorial, hubo publicaciones en la Nueva España que si no fueron muy profusas en el siglo xvi, sí lo fueron en el xvii y más en el xviii. Parece que en esto no interesaba tanto el monopolio de impresión, cuanto el control de lo publicado. El temor a la divulgación de herejías y supersticiones tuvo su periodo más intenso en el siglo xvi. Esta literatura tenía una gran divulgación e iba a manos de todas las clases sociales. Su temática es muy variada, pues va desde el relato histórico hasta el poema laudatorio, pasando de la más culta teología a la más vulgar superstición, que bastante quehacer dio a los inquisidores, como en las oraciones de Santa Bárbara, San Jorge, la

<sup>1</sup> Joaquín García Icazbalceta. *Bibliografía mexicana del siglo XVI*, Nueva Ed. por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

sombra de San Pedro y otras cuyos autores se escondían en el anonimato. Literatura que se complementaba con grabados que también controló el Tribunal cuando en ellos se presentaron herejías.

La segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX es la época en que encontramos más literatura devota. ¿Será acaso porque las devocioncillas empezaban a sustituir a la piedad profunda de siglos anteriores y la verdadera teología católica empezaba a sustituirse por el burgués culto externo? Es un hecho que debe estudiar la historia de las mentalidades.

Naturalmente que dentro de esta literatura, la calidad y el contenido varía según los autores, así encontramos en ella escritores de gran prestigio, como el padre Domingo de Quiroga; el poeta Felipe Neri de Alfaro, que escribe en 1797 una *Muestra de agradecimiento que da un esclavo a su Amo Santísimo Jesús Nazareno*;<sup>2</sup> el extraordinario fray Antonio de Linaz, creador del Colegio de Propaganda Fide de Querétaro, que no desdennó hacer una *Novena a la Beatísima Trinidad*;<sup>3</sup> Benito Díaz de Gamarra que, al mismo tiempo que luchaba contra el tradicionalismo anquilosante de la escolástica en la Nueva España, escribía un *Modo fácil, breve y provechoso para visitar al Santísimo Sacramento*.<sup>4</sup> El distinguido poeta bachiller don José Manuel Sartorio, poco antes de nuestra independencia, escribe un *Obsequio en honra del inclito Mártir San Hipólito*, a solicitud del señor conde de la Torre Cosío.<sup>5</sup> El bachiller Miguel Antonio Alonso Martínez, en 1733, dedicó una *Devoción a la Santísima Virgen María en honra de su Tránsito y gloriosa Assumption*.<sup>6</sup> En 1789 se reimprimía la *Novena sagrada para implorar el patrocinio del santísimo patriarca señor San Joseph*, escrita por fray Joseph Francisco Valdés OFM, que termina con unos versos a los "Gozos" del Santo.<sup>7</sup> Las menciones serían innumerables, pero basta con éstas para demos-

<sup>2</sup> Felipe Neri de Alfaro, *Muestra de agradecimiento que da un esclavo a su amo Santísimo Jesús Nazareno*, México, 1797.

<sup>3</sup> Fray Antonio de Linaz, *Novena a la Beatísima Trinidad*, México, Antigua Imprenta de Murguía, s.f.

<sup>4</sup> Benito Díaz de Gamarra, *Modo fácil, breve y provechoso para visitar al Smo. Sacramento siete veces al día en honor y memoria de sus siete efusiones de sangre*. México, Oficina del ciudadano Alejandro Valdés, 1831.

<sup>5</sup> José Manuel Sartorio, *Obsequio en honra del inclito mártir San Hipólito para venerarlo el día trece de cada mes...*, México, Imp. de Don Mariano José Zúñiga y Ontiveros, 1819.

<sup>6</sup> Miguel Antonio Alonso Martínez, *Devoción a la Santísima Virgen María en honra de su Tránsito y gloriosa Assumption*, México, Imp. Puebla de los Ángeles de Miguel Ortega, 1733.

<sup>7</sup> Joseph Francisco Valdés, *Novena Sagrada para implorar el patrocinio del Santísimo Patriarca Sr. S. Joseph*, México, Reimpresa en México por don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, 1789.

trar el interés que había entonces en este tipo de literatura, pues todos los autores hicieron alarde de su ingenio en estas numerosas y pequeñas obras, que patrocinaron los mecenas de la época y enriquecieron los impresores con la calidad de sus ediciones, el toque artístico de los grabados, las elaboradas capitulares y viñetas, que hoy son tesoros de los bibliófilos.

Las mujeres que, como hemos visto a lo largo de este libro, siguen con sus plumas los mismos caminos que los hombres, contribuyeron también a esta literatura devota, la mayoría en la forma anónima de la frase: "compuesta por una devota". Sin embargo, conocemos a muchas que participaron en esta producción abiertamente, pues era un campo que el ambiente de la época favorecía.

Gerónima de la Asunción, la monja inmortalizada por el pincel de Rivera, fundadora de las descalzas de Manila, Filipinas, en el siglo xvi escribe meditaciones, oraciones, tratados de oración mental y otras obras que vieron la luz pública en la ciudad de Puebla de los Ángeles, cuando fray Bartolomé de Letona las publicó anexas al tomo II de su biografía.<sup>8</sup> Las estaciones del Vía Crucis que escribió la madre María de la Antigua, del convento de Marchena, España, alcanzaron un tan gran número de ediciones que es difícil enumerar.

No conocemos nada impreso del siglo xvi, pero sí sabemos por el cronista Alonso Franco que Juana de Santa Catalina escribió numerosas oraciones. En el siglo xvii Sor Juana es en la literatura devota la figura señera. Nuestra monja jerónima dedica parte de su producción literaria a estos temas, según vimos ya.

Si las obras de Sor Juana lograron conservarse a causa de su fama literaria, las de otras muchas mujeres se perdieron, en parte porque tuvieron una divulgación reducida sólo a los que participaban en la específica devoción de la autora y por el poco aprecio literario que se daba a su contenido. Algunas obras están prácticamente escondidas dentro de las biografías de las autoras.

Del siglo xviii conocemos la *Novena en honor de San Francisco de Borja, grande en la tierra y mayor en el cielo* que compuso Sor Juana Ignacia, natural de la Nueva España y religiosa del convento de la Encarnación de México, publicada en Puebla en 1726.<sup>9</sup>

Bajo el barroco título de *Subida a el Monte de Myrrha, Sendero del Corazón de Jesús*, escribió unos ejercicios devotos la madre María de Santa Clara, religiosa profesa del convento de Santa Isabel de la

<sup>8</sup> Fray Bartolomé de Letona, *Perfecta Religiosa*, México, Puebla de los Angeles, Imp. de la Vda. de Juan Borja, 1662.

<sup>9</sup> Juana Ignacia, *Novena en honor de San Francisco de Borja, grande en la tierra y mayor en el cielo*, Puebla, 1726.

ciudad de México. Se publicaron aquí en 1747.<sup>10</sup> *Una Novena a todos los Santos de la Corte Celestial* fue escrita por Sor María de San José, del convento de la Concepción de México y publicada por los Herederos de Juan José de Guillena Carrascoso en 1708.

Una de las más prolíficas escritoras de esta literatura devota en el siglo XVIII fue la monja poblana María Josefa de la Concepción, que fue cuatro veces prelada en el convento del mismo nombre en aquella ciudad. Escribió unos *Ejercicios de los desagracios de Christo Señor Nuestro, que se hacen en el convento de la Purísima Concepción de Nuestra Santísima Madre y Señora...* que se publicaron en 1766.<sup>11</sup>

De las obras escritas por Sor María Anna Agueda de San Ignacio para su personal uso piadoso, se entresacaron las referentes a sus devociones y con ellas se formó un librito que fue impreso por orden del obispo de Puebla en 1758, y reimpresso en 1791 en el Colegio Palafoxiano, bajo el título de: *Varias devociones... sacadas de las obras de la V. Madre María Anna Agueda de San Ignacio.*<sup>12</sup>

Otras muchas obras de literatura devota femenina quedaron sin publicarse, pues las autoras las hicieron sólo para su uso personal, y otras pasaban de mano en mano en copias manuscritas.

#### LA LITERATURA GASTRONÓMICA FEMENINA

Al consumarse la conquista e iniciarse la vida novohispana, las familias de los nuevos pobladores traen sus propios intereses gastronómicos.

<sup>10</sup> María de Santa Clara, *Subida a el Monte de Myrrha, sendero del Corazón de Jesús. Ejercicios devotos para celebrar, adorar y desagraciar a el Corazón amoroso, doloroso y agraviado a nuestra vida Jesús. Dispuestos por la R.M. Sor María de Santa Clara, religiosa profesora Clarisa de las Urbanistas descalzas del convento a Santa Isabel de México.* México, Imp. de la viuda de Francisco de Rivera, 1747. Nota n. 415 de Nicolás León, *op. cit.*

<sup>11</sup> Josepha de la Concepción, *Ejercicios de los desagracios de Christo Señor Nuestro que se hacen en el Convento de la Purísima Concepción de Nuestra Santísima Madre y Señora y comienzan el viernes después de nuestro Padre Señor San Francisco, 1766. Dispuestos por la R.M. Josepha de la Concepción, que fue cuatro veces prelada, y asimismo cronista de 22 vidas de religiosas de este convento. Impresas a devoción de la M. Manuela de Santa Cruz.* En el colegio real de San Ignacio de la Puebla de los Angeles, año de 1766.

<sup>12</sup> María Anna Agueda de San Ignacio, *Varias devociones compuestas por la V.M.R.M. priora y fundadora que fue del sagrado convento de recoletas dominicas de Santa Rosa de Santa María, en esta ciudad sacadas de la vida y obras de la misma, reimpresas y unidas en este cuaderno para su más fácil uso por orden y expensas del ilustrísimo señor doctor don Domingo Pantaleón Alvarez Abreu, obispo de esta diócesis,* Puebla, Imp. de Cristóbal Ignacio de Ortega y Bonilla, 1758.

micos de la cocina española, que ya para entonces tenía entre su literatura el famoso *Libro de los guisados y manjares del cocinero real Ruperto de Nola*. Aquí se encontró con la cocina indígena que tenía un fuerte sello distintivo, tanto en sus ingredientes como en su amplia gama de sabores. El desarrollo de estas dos cocinas durante el virreinato, que no se hizo paralelamente sino más bien en línea convergente, fue una aventura más de las muchas que entonces se tuvieron para descubrir lo nuevo, que en este caso era lo gastronómico. El atreverse a comer ingredientes desconocidos y probar el nuevo sabor, va haciendo surgir una nueva cocina. Dentro del desarrollo de la gastronomía novohispana, las mujeres de las distintas clases sociales tienen cada una un importante papel. Unas mandan hacer los platillos y vigilan su elaboración, éstas son generalmente las criollas y españolas; otras, las indias, son quienes los ejecutan. Las criollas con sus manuscritos nos han dejado el legado histórico de la gastronomía nacional, pero son las segundas, las indias, quienes ejercieron una influencia definitiva en la constitución de la cocina mexicana. Ese ir combinando unos y otros elementos, utilizando lo nativo y lo importado, buscando los nuevos sabores, las hermosas y sugestivas presentaciones, es un arte que va vinculado al espíritu de la época, que consciente o no en sus creadores, da un estilo al arte culinario. Así, del mismo modo que la forma literaria se corresponde con las líneas arquitectónicas del barroco, según la feliz expresión de Méndez Plancarte, las obras culinarias, en sus multifacéticos sabores y ricas presentaciones, son de un barroquismo evolucionante que va a culminar en obras maestras de la gastronomía como lo son los chiles en nogada o el mole de guajolote.

De la cocina familiar, que fue crisol donde se mezclaron usos y gusto de dos culturas, hay pocos testimonios escritos, en cambio tenemos más informes de la cocina practicada en las instituciones femeninas. Todas las monjas se dedicaron con mayor o menor intensidad al arte culinario, poniendo interés en crear los mejores platillos para obsequiar a los bienhechores, alcanzar favores, agasajar a los obispos y recibir a los virreyes.

Cuando las rentas conventuales vinieron a menos por mala administración o problemas económico-políticos, las monjas se sirvieron de la venta de sus más famosos platillos para poder subsistir.

Entre algunas de las especialidades culinarias de los conventos monjiles, tenemos las siguientes:

En la ciudad de México las monjas de la Concepción hacían ricas empanadas; las de San Bernardo toda clase de dulces y conservas,

además de confeccionar bizcochos y tostadas para enfermos. Las de la Encarnación eran especialistas en chicha y miel rosada. El convento de San Jerónimo, famoso por su buena cocina, al hacer la fundación del de San Lorenzo, llevó a él su tradición culinaria. En este último fueron especialidad los alfeñiques y los caramelos. Las monjas de Santa Catalina hacían toda clase de dulces y empanadas. Las de Santa Teresa (la Nueva) eran famosas por sus panes rosa o marquesotes, y a las capuchinas de Nuestra Señora de Guadalupe se les reconocía la elaboración del más rico chocolate de la ciudad.<sup>13</sup>

Las monjas de la ciudad de Puebla fueron aun más célebres cocineras. Sus hermosas cocinas hablan por sí mismas. En el convento de Santa Rosa, mientras en una celda la teóloga Sor Ma. Anna Ágreda de San Ignacio escribía, otras monjas en la cocina ideaban regios platillos, como el mole poblano, cuya creación se atribuye tradicionalmente a Sor Andrea de la Asunción, monja del convento dominico, aunque a decir verdad no hay de esto prueba documental alguna. Allí también se hicieron los sabrosos chiles en nogada, el turrón amarillo, la leche de mamey y otras muchas delicias de la gastronomía poblana. Fueron famosos los tamales cernidos de Santa Mónica, así como también las yemas reales, las alfajores, rosquillas de almendra, polvorones y jamoncillos. Mencionar el nombre del convento de las clarisas es recordar los camotes de Santa Clara que luego fueron naturalizados por la ciudad como camotes de Puebla; al mismo tiempo se hicieron notables sus tostaditas y sus guisados de pasa y dulce. Mal haríamos si no recordásemos a las carmelitas poblanas con sus pescados adobados, sus pollos carmelitanos, sus pescados teresianos, sus pichones y estofados de perdices, la salsa de San Blas, los alfajores de Luz y aquel postre ¡ideal monjill!, titulado: Dulce del Cielo.<sup>14</sup>

La historia de la gastronomía mexicana debe tomar muy en cuenta los platillos que hicieron estas y otras muchas monjas no mencionadas, como las de Querétaro, creadoras de las famosas puchas para sopear el chocolate y a las que en Oaxaca, Chiapas, Michoacán, Nueva Galicia y otras muchas provincias dieron con sus barrocas creaciones importante aportación al arte del buen comer novohispano.

Los platillos conocidos por la tradición heredada, los que iban surgiendo de las combinaciones nuevas, de las creaciones exóticas, quedaron consignados en los recetarios escritos por cada monja para su uso personal y a la vez en los libros de cocina comunitarios. Desgraciadamente la mayoría se ha perdido. Sin embargo, por los que

<sup>13</sup> Josefina Muriel, *Conventos de Monjas en la Nueva España, op. cit.*

<sup>14</sup> Salazar Monroy, *La típica Cocina poblana y los guisos de sus feligreses, s.p.i.*

conocemos podemos afirmar que las mujeres del virreinato tomaron constantemente la pluma para descubrir sus secretos culinarios. Sabemos a ciencia cierta la existencia del famoso libro de Cocina del Convento de San Jerónimo de México, porque Sor Juana Inés de la Cruz habló de él en el soneto dedicatorio del cuadernillo que hizo para su hermana, seleccionando recetas de aquél. Así dice:

... "me conceptúo formar esta escritura del Libro de Cocina" ...

Estas recetas que copió Sor Juana son el más antiguo manuscrito de cocina femenina que hasta hoy conocemos. La selección hecha por la poetisa nos presenta guisados y dulces de la segunda mitad del siglo xvii que hemos publicado ya.<sup>15</sup> El valor que se daba a estas obras nos lo muestra un hermosísimo libro escrito en Puebla el año de 1786. Se titula *Arte de Cocina*,<sup>16</sup> Su portada, verdadera obra del arte de la caligrafía, presenta un dibujo a pluma con panoplia formada por útiles culinarios e ingredientes usuales entonces. En ella aparecen cazos, cazuelas, cucharas y hornillos, a la vez que conejos, guajolotes, perdices, pescados, chorizos... en fin elementos decorativos tan expresivos, que ya por ellos se adivina el apetitoso contenido del texto.

¿Quién escribió este libro? No lo sabemos, pero dado que las monjas cuando escribían lo hacían por mandato de sus superiores y en el título reza "Escrito por superior mandato", podemos suponer que fue hecho por alguna monja poblana. Todo el libro está escrito con impecable caligrafía que imita los caracteres impresos.

Se conocen otros cuadernillos y hojas sueltas procedentes también de conventos, escritos en el siglo xviii, que pertenecen a colecciones particulares. Todos son anónimos.

De ese mismo siglo conocemos un recetario completo que se encuentra en nuestro Archivo General de la Nación y seguramente existirán algunos más.

La influencia de la Ilustración se muestra también en los libros de cocina. Los conocimientos culinarios debían ser recopilación ordenada del saber gastronómico. Ésta es la idea que lleva a una autora anónima a hacer un *Diccionario de Cocina*. La obra se encuentra

<sup>15</sup> Sor Juana Inés de la Cruz, *Libro de Cocina del Convento de San Jerónimo*. Selección y copia de Sor Juana Inés de la Cruz, México, Imp. de la Enciclopedia Mexicana, 1979.

<sup>16</sup> Anónimo, *Arte de Cocina. Escrito por Superior Mandato*. Puebla, 1786. Manuscrito. Colección Virginia Armella de Aspe.



manuscrita y está encuadernada en forma de sobre, en piel café, al estilo de la época.<sup>17</sup>

Entre los libros manuscritos de procedencia familiar, tenemos uno titulado: *Cuaderno de Guisados. Soy de María León de Gómez*.<sup>18</sup> Lo forman cinco cuadernos diferentes en calidad de papel y grafía. Unos son del siglo XVIII y otros del inicio del XIX. Este ejemplar nos muestra cómo se hacía la tradición culinaria familiar a través de escritos de distintas generaciones.

En el siglo XIX las mujeres siguen escribiendo las recetas, pero sus nombres empiezan a surgir del anonimato aun en los libros de uso doméstico, como aquel de doña Clara Garnica, fechado por ella en 1852,<sup>19</sup> y el titulado *Libro de Cocina* de la señorita Guadalupe Ovando, de 1857,<sup>20</sup> o la *Recopilación de recetas y guisados* de Emilia Priani de 1864<sup>21</sup> y aquel otro que muestra ese acto coloquial entre amigas y parientas que es la revelación de un secreto culinario al titularlo su dueña *Recetas de mi Lolita Chula*,<sup>22</sup> que se inicia con un delicado "Huachinango en salsa de piñón."

Lo interesante de estos manuscritos del siglo XIX es que empiezan a mostrar las influencias ajenas, lo cual se verá ya abiertamente en las obras impresas.

Nuestra independencia de España marca un cambio importantísimo en nuestra gastronomía. La república mexicana se abre al mundo de las relaciones internacionales del comercio y de las influencias culturales, y así como empieza a descubrirse en el extranjero nuestra singular gastronomía, al publicarse en 1828 en Nueva York un libro de cocina mexicana,<sup>23</sup> simultáneamente empiezan a aparecer aquí impresos libros de nuestra cocina con recetas extranjeras, como aquel publicado en México en 1831 bajo el título de *El cocinero mexicano*.

<sup>17</sup> Anónimo, *Diccionario de Cocina*. Manuscrito. Colección Virginia Armella de Aspe.

<sup>18</sup> Rosa María León de Gómez, *Cuaderno de Guisados*. Manuscrito. Colección Virginia Armella de Aspe.

<sup>19</sup> Clara Garnica, *Libro de Cocina para el uso de la Señora Doña Clara Garnica*, 1852 (manuscrito encuadernado en piel azul). Colección Carmen Pérez Salazar de Ovando.

<sup>20</sup> Guadalupe Ovando, *Libro de Cocina del uso de la Srita. Guadalupe Ovando*, 1857 (manuscrito encuadernado en piel azul). Colección Carmen Pérez Salazar de Ovando.

<sup>21</sup> Emilia Priani, *Recopilación de recetas y guisados de Emilia Priani*, 1864 (manuscrito en una libreta de pasta dura y hojas rayadas). Colección Virginia Armella de Aspe.

<sup>22</sup> Anónimo, *Recetas de mi Lolita Chula* (manuscrito letra del siglo XIX encuadernado en piel azul). Colección Carmen Pérez Salazar de Ovando.

<sup>23</sup> Anónimo, *Arte Nuevo de Cocina y repostería. Acomodado al uso mexicano*, Nueva York. En casa de Lanza y Mendea y C. Impresores Libreros, 1828.

*Colección de las mejores recetas para guisar al estilo americano y de las más selectas según el método de las cocinas española, italiana, francesa, inglesa,*<sup>24</sup> y el publicado en Puebla en 1843 bajo el título de *La cocinera de todo el mundo.*<sup>25</sup>

Estaba ocurriendo un cambio y de él se estaba consciente, por ello surgen los títulos que lo revelan, tales como *Nuevo y sencillo arte de cocina*, impreso en 1836,<sup>26</sup> y el *Novísimo arte de cocina* que apareció en 1853.<sup>27</sup>

Las publicaciones de gastronomía, que en el virreinato fueron nulas (los libros que hubo llegaban impresos de la península y sólo contenían la cocina española), empiezan a aparecer profusamente. Conocemos diecisiete ediciones de libros de cocina mexicana hechos aquí en el siglo XIX, de las cuales cuatro fueron hechas en Puebla, Morelia y Guadalajara, y seguramente habrá más.

En esta época las mujeres empiezan a firmar sus obras impresas. Primero diciendo solamente en los títulos "Cocina mexicana" o "compuesto por una mexicana",<sup>28</sup> haciendo con ello alarde de lo patrio, que en aquellos momentos era tan importante para la firme integración nacional frente a las potencias extranjeras. Este mexicanismo de las mujeres se acrecienta en la provincia, donde surgen *El Manual de Cocina Michoacana*, la *Cocina Poblana* y otras más.

Luego aparecen los nombres de las autoras, como Vicenta Rubio, María Antonia Gutiérrez, etcétera, en los libros publicados en la capital y en los estados.

Las obras de cocina escritas por hombres son numerosas en este siglo y todas tienden a la internacionalización gastronómica de la cocina mexicana.

Los diccionarios de cocina, cuyos antecedentes vimos ya en el siglo XVIII en una obra femenina, aparecen a finales del XIX hechos por varones. Conocemos algunos como *El tesoro de la cocina. Diccionario de las familias.*<sup>29</sup>

<sup>24</sup> Anónimo, *El cocinero mexicano*, México, 1831, Imp. de Galván a cargo de Mariano Arévalo, 1834, t. I, t. II y t. III.

<sup>25</sup> Anónimo, *La Cocinera de todo el mundo*, Puebla, Imp. Juan Nepomuceno del Valle, 1843.

<sup>26</sup> Anónimo, *Nuevo y Sencillo arte de Cocina*, México, Imp. de Santiago Pérez, 1836, t. I y II.

<sup>27</sup> Simón Blanquel, *Novísimo Arte de Cocina lo publica Simón Blanquel*, México, Imp. de Tomás S. Guardia, 1853.

<sup>28</sup> Anónimo, *Nuevo y sencillo arte de cocina, repostería y retrescos dispuestos por una mexicana y experimentado por personas inteligentes antes de darse a la prensa*, 3a. edición, México, Imp. de Luis Inclán, 1865.

<sup>29</sup> Anónimo, *El tesoro de la cocina. Diccionario de las familias. La cocina puesta al alcance de todas las inteligencias y fortunas*, México, Imp. Juan Nepomuceno del Valle, 1866.

Pero esto es ya parte de un periodo histórico que no compete a esta obra.

Cerremos pues este apartado con la inserción de unas recetas de cocina escritas por mujeres del virreinato. Así lograremos que después de habernos hecho vibrar con sus amorosos arrebatos místicos, dando a conocer con sus escritos la profundidad de los valores vitales de aquella sociedad, nos dejen en los labios el rico sabor de nuestra antigua cocina.

#### Turco de maíz cacaguazintle

Puesto el maíz como para niscomil (*sic*), después lavado, despuntado y molido como para tamales, se le revuelve manteca, azúcar y las yemas que quieras, con tal que no sean muchas; lleva picadillo con pasas, almendras, acitrón, piñones, alcaparras, huevo cocido y una punta de dulce.

Se va moliendo como para tortillas de metate y se va echando en la cazuela untada con manteca. Después el picadillo y luego otra capa de masa y puesto a dos fuegos untándole manteca con unas plumas y así que está cocido se le echa azúcar en polvo y se aparta.

#### Pollas en vino

A cada polla se le echa una taza caldera de manteca derretida y un cuartillo de vino blanco; se le echa chile verde largo cortado, ajo, jitomate, tomate y rebanadas de jamón. Se echa en la olla la polla entera, con todo esto, polvo de clavo y pimienta. No se le echa agua. Se tapa muy bien la olla, cosa que no se evapore.

Así que está cocida se le echa un pedacito de azúcar, chilitos, aceitunas, tornachiles, alcaparras, alcaparrones y... se come.

#### Memoria de Arequipa

En seis cuartillos de leche cruda, tres libras y cuatro onzas de azúcar y una onza de almidón y así que está bien deshecha la azúcar se cuele por una lanilla y se le echa una onza de pan blanco bien remolido en seco, luego se pone en la lumbre a fuego violento para que salga muy blanca; y así que está como atole se echa una onza de almendra molida. El punto es así que hace hoyitos algo grandes. Se baja y mientras está en la lumbre siempre se está meniando, porque se pega en el cazo y

se echa a perder. Si corta, por alguna contingencia, se le echa [en] un tiesto de Guadalajara nuevo y que no huela. Si no basta esto, se bate y así se compone.

## LA MÚSICA

Quedaría incompleta esta visión general de la participación de la mujer en la cultura novohispana si dejáramos de mencionar a quienes realizaron otras labores que no fueron las literarias.

Por ello decidimos poner aquí algunos nombres de las que conocemos que en su tiempo fueron tenidas por distinguidas en el arte de la música, en la pintura o fueron destacadas por sus conocimientos matemáticos.

Cuando el visitante del Colegio de Santa Rosa de Viterbo de Querétaro va a salir de su iglesia, cuando sus ojos se han saturado ya del esplendor barroco, manifiesto en los retablos, púlpitos y confesionarios, topa con la reja del coro, que marcaba los límites de la clausura en el templo. Tras ella atrae la atención el gran órgano que no sin sentido musical hizo rematar con las ondulaciones de una dorada concha el artista que lo proyectó.

La importancia que ese órgano tiene en el coro nos está evidenciando la existencia de la música en la institución.

Si nos trasladamos al Coro del Convento de Santa Rosa de la ciudad de Puebla, nuestros ojos se verán atraídos hacia las pinturas de las bóvedas en donde "hay una angélica orquesta en la que aladas creaturas tocan la flauta, el violín, el arpa, la trompeta, sin faltar el ángel director con su atril y partitura".<sup>30</sup>

Los coros, que eran los sitios oficiales de la plegaria, nos están hablando de la importancia de la música en la alabanza a Dios.

Si a las manifestaciones monumentales sumamos los informes históricos, confirmaremos que la música tuvo un lugar muy importante en las instituciones femeninas. Los colegios, los conventos, los beaterios y aun los recogimientos, dedicaban a ella buena parte de su tiempo, pues formaba parte de las numerosísimas ceremonias que implicaba la vida religiosa en aquella época.

Socialmente también tenía importancia, pues se le consideraba un conocimiento accesible a la mujer, cualidad para conseguir marido y medio honesto de ganarse la vida, en calidad de maestra o ejecutante. Más aún, llegó a cotizarse tan alta la buena ejecución mu-

<sup>30</sup> Francisco de la Maza, *Arquitectura de los Coros de Monjas*, op. cit., pp. 61-63.

sical, que las jóvenes eran eximidas del pago de dote en los conventos por sólo el título de músicas.

El conocer esta rama de la cultura femenina amerita una obra completa que debe ser realizada por especialistas en la música.

El maestro, distinguido músico e inolvidable amigo, Miguel Bernal Jiménez, fue el primero que exploró ese campo, en su ciudad natal: Morelia. Él descubrió el Archivo del Colegio de las Rosas y pudo darnos a conocer que, fundado en 1743, había sido un conservatorio\* de mujeres. Parte de los resultados de sus estudios los publicó en su obra *El Archivo Musical del Colegio de Santa Rosa de Santa María de Valladolid*, en 1939. Lo cual completó con sus artículos titulados "La música en Valladolid de Michoacán", que aparecieron en 1951 y 1952.

Desgraciadamente esos estudios quedaron truncos por su prematura muerte. Sin embargo, abrió un camino que los musicólogos deben seguir, considerando al conservatorio de Las Rosas no como un caso aislado, sino como parte de los estudios musicales que en la Nueva España hacían las mujeres desde el siglo xvi. Para ello se cuenta con lo que ha quedado en los archivos de los que fueron los colegios de niñas y conventos del virreinato, y puede completarse con los archivos catedralicios.

Cuando se hojean crónicas o historias de las viejas instituciones coloniales, saltan a la vista con frecuencia los datos sobre educación musical. Así podemos afirmar que en general *en todos los conventos* donde había niñas educandas, en los *colegios* y *beaterios* de tipo docente, había clases de música. Ahora bien, de todas estas instituciones hubo unas que se destacaron por hacer de ésta la materia más importante en su enseñanza, dando a las mujeres una metódica, completa y profunda instrucción musical. Tal fue el caso del conservatorio de Las Rosas en Morelia y del Colegio de San Miguel de Bellem en México durante el siglo xviii. Pues si bien éste había surgido como un anexo del recogimiento de mujeres de ese nombre sólo para dar una enseñanza elemental a las hijas de las recogidas, el interés del arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta en darles una mejor preparación lo transformó en verdadero conservatorio de música.

Como no había planes de estudio obligatorios, cada institución impartía esta enseñanza de acuerdo a sus necesidades en las ceremonias religiosas o en los intereses educacionales.

\* Aunque la palabra significa lugar en que se da enseñanza de música y otras artes conexas, no todas las instituciones en que se dio esta enseñanza llevaron tal nombre, es más, sólo aparece en el siglo xviii.

La enseñanza de la música, según los datos que hemos podido recopilar hasta hoy, comprendía primeramente canto. No había institución alguna que no tuviera su propia *Escoleta de música*. Generalmente era dirigida por una monja, beata o maestra laica, aunque los hombres también podían enseñarles tras las rejas de los locutorios o del coro bajo. En el conservatorio de Las Rosas, las dirigían los maestros de música del plantel. Además de la enseñanza del canto coral, las mujeres aprendían a tocar por nota los diversos instrumentos musicales, a escribir música, y aun a componerla. Los instrumentos más usados entonces fueron: violín, viola, bajón (fagot), órgano, arpa, guitarra, vihuela y tal vez también chirimía. Posiblemente en los primeros conventos las monjas usaron para entonar el canto llano chirimías o flautas, pues en aquellos años aún no había órganos.

Los maestros que las enseñaban eran generalmente los músicos de las catedrales, unos españoles y otros criollos, Miguel Bernal ha señalado ya los nombres de distinguidos músicos catedralicios que fueron a la vez maestros en "Las Rosas" y se han encontrado también los nombres de algunos de la Catedral de México y otros lugares, relacionados en una u otra forma con las instituciones femeninas. Sabemos que el maestro de música de la metropolitana de México, Dr. Joseph de Agurto y Loaysa, aparece como maestro particular de las damas de México, y también se le menciona como quien puso música a los *Villancicos* de Sor Juana Inés de la Cruz que se cantaron en México en 1676; Antonio de Salazar hizo la música de los *Villancicos de San Pedro*, cantados también aquí, y el maestro de capilla de la catedral de Oaxaca, don Mateo Vallados, puso en "metro músico" los de *Santa Catarina*.

En los archivos de varios colegios se encuentran los nombres de Ignacio Jerusalem, Vicente González y del maestro Durán en el siglo xviii, y también los nombres de muchos autores y maestros de música sacra cuyas obras impresas en España eran traídas a México para la enseñanza, por ejemplo del "Becerro de lecciones", o lecciones de música.<sup>31</sup>

Las fechas de las ediciones de éstas se inician en el siglo xvi y se prolongan hasta bien entrado el xix. A través de ellas se ve claramente que las mujeres participaron en la cultura musical de la Nueva España y que durante los tres siglos del Virreinato, gracias al interés que se tuvo desde la época de Felipe II de enviar a las capi-

<sup>31</sup> Archivo Histórico del Real Colegio de San Ignacio (Vizcaínas), E. 26, t. 1, vols. 1 a 7-10-12, t. iv, vols. 14-15-18.

llas catedralicias de América lo mejor de la música que había en Europa, las mujeres lo pudieron conocer. Las catedrales a su vez eran centros que irradiaban cultura en toda la Nueva España por medio de sus maestros, sus músicos y la divulgación que hacían de las obras europeas y nacionales. Las mujeres a su vez copiaban las partituras, formando así sus libros de coro. Gracias a esto existen sus archivos musicales.

La música que ejecutaron fue de dos tipos: religiosa y profana. Entre ella había villancicos, misas, vísperas, oficios de difuntos, motetes, arias, dúos, tercetos, coloquios, loas, salves, y otras tales como responsorios, secuencias, misereres, vigiliás, pastorales, etc. La música profana comprendía sonatas, oberturas, arias, boleros, españoletas, jácaras, sainetes y coros recreativos.<sup>82</sup>

Toda esta enorme gama de géneros y de instrumentos usados en su ejecución nos da una idea de las grandes posibilidades que tuvieron las mujeres para desarrollarse en ese hermoso terreno, que abarca desde el litúrgico canto gregoriano y llano, hasta las canciones y bailes populares condenados por la Inquisición, como fueron los jarabes que los hombres y mujeres del pueblo realizaban ante el regocijo de los espectadores sin olvidar por supuesto aquéllos como turdiones, españoletas, jácaras y demás importados de España que alegraban los bailes de criollos y peninsulares de las altas clases sociales.

Los coliseos fueron lugares también donde se presentaban cantantes y músicas. Algunas pinturas nos muestran a mujeres formando pequeñas orquestas con los hombres que amenizaban los paseos de la aristocracia. Allí aparecen tocando el violín y la mandolina. En otras de fines del siglo xviii surge la mujer del pueblo con su guitarra en las manos.

A las indígenas que desde tiempo precortesiano estaban acostumbradas a entonar los coros rituales, no les fue difícil, al aceptar la nueva religión, organizarse en grupos para cantar *Las horas de Nuestra Señora*, según refieren los cronistas.

Establecidas las instituciones femeninas, los coros llegaron a ser tan hermosos que las gentes acudían a las iglesias más al concierto que al rezo. Esto confirma lo dicho por el maestro Jesús Estrada respecto a que la música litúrgica de los siglos xvi y xvii en la Nueva España fue coral.<sup>83</sup> Tal fue el caso del Convento de Santa Teresa la Antigua y también del recogimiento de Santa María Magdalena, del que se

<sup>82</sup> Miguel Bernal Jiménez, "La Música en Valladolid", en *Nuestra Música*, revista trimestral, México, 3er. Trimestre, 1951, s.p.i.

<sup>83</sup> Jesús Estrada, *Música y Músicos de la Época Virreinal*, México, Sep-Setentas, 1a. edición, 1973.

llegó a decir que las prostitutas en él recluidas cantaban como ángeles.

Conservamos los nombres de algunas famosas músicas y cantantes así como de algunas compositoras, esperando que estas menciones sean aumentadas con estudios más profundos que nos hagan conocer sus obras.

Del siglo xvi conocemos a esa brillante mujer *Inés de la Cruz Castillet*. Mencionada anteriormente como cronista y biógrafa carmelita, sabía también música. Los virreyes y arzobispos asistían al convento para oír su escoleta. A ella se debieron los Libros de Coro del monasterio, pues sabía escribir muy bien la música y dirigir los cantos, aunque ella personalmente nunca pudo cantar.<sup>34</sup>

*Juana de Santa Catarina*, criolla, hija de don Diego Hurtado de Peñalosa, nacida en 1588, fue colegiala en el Convento de Santa Catalina (edificio que antes había sido su casa). Desde la edad de 7 años, aprendió a leer, escribir en castellano y en latín, la aritmética y la música. Se la consideró una niña prodigio por la precocidad con que aprendió.

Tocaba diversos instrumentos, cantaba hermosamente y además era compositora. Muchas obras musicales escritas por ella dejó a su convento. Falleció a los cuarenta y cinco años de edad, víctima de la peste, el año de 1633.<sup>35</sup>

Del mismo siglo xvi, tenemos a *Sor Gerónima de la Trinidad*, música criolla, natural de Celaya, que llegó al mismo convento dominicano sabiendo tañer y bailar, pues sus padres se habían preocupado en enseñarle ambas cosas para que, agradando a los hombres, hiciera buen matrimonio.<sup>36</sup>

De la ciudad de Quito, dependiente del Virreynato del Perú, llegó a México en la segunda mitad del xvi *Ana Arias Rivera*. Al entrar al monasterio de Santa Catalina, fue enseñada por la anterior a tocar los diversos instrumentos musicales que se usaban en los monasterios. Todos los llegó a dominar con fidelidad, siendo además buena cantante y maestra de la escoleta de música del convento. Muchas niñas educadas en Santa Catalina debieron a ella sus conocimientos musicales. Murió en 1635.<sup>37</sup>

Conocemos los nombres de dos de las mejores bajoneras del siglo

<sup>34</sup> Josefina Muriel, *Conventos de Monjas en la Nueva España, op. cit.*, pp. 354-358.

<sup>35</sup> Alonso Franco, *Segunda parte de la Historia de la provincia de Santiago de México, 1645*, México, Imp. del Museo Nacional, 1900, pp. 478-492.

<sup>36</sup> Josefina Muriel, *Convenios de Monjas en la Nueva España, op. cit.*, p. 332.

<sup>37</sup> Franco Alonso, *op. cit.*, pp. 470-479.





23. La violinista, biombo del siglo XVIII. Museo Nacional de Historia, México



24. Doña Petra Guadalupe Tomasa y Berrio, marquesa de San Román. Principios del XIX, pintura académica de honor y mérito de la Real Academia de San Carlos, anónimo

xvii. La una fue *Catalina Alvarez de Arteaga*, criolla de esta ciudad de México, que profesó en el convento franciscano de San Juan de la Penitencia en 1602. Vetancourt la menciona como "insigne música" y "la mejor bajonera de la Nueva España".<sup>38</sup>

A su muerte ocupó su puesto en la música conventual *Petra de Alvarado y Luna*, descendiente del conquistador del mismo nombre. Esta mujer fue el caso típico del valor que en las instituciones femeninas tenía la música. Las monjas del consejo del convento de San Juan de la Penitencia le pusieron como condición para aceptarla que aprendiera a tocar el bajón. "Uno de los mejores músicos de la catedral" le regaló el instrumento y la enseñó a tocarlo "en papeles de solfa". Éste debe haber sido Antonio de Salazar. Lo llegó a tocar tan perfectamente que fue aceptada, profesando el 13 de junio de 1692.

Esta bajonera que llevó en el convento el nombre de Petra de San Francisco fue, más tarde, la fundadora del Convento de Corpus Christi. Una indígena escribiría, años después, su biografía. En ese mismo convento de Corpus Christi se destacó como música la india cacique Sor *Antonia Pérez de los Santos* quien tocaba la vihuela y cantaba "con hermosa voz".<sup>39</sup>

*Doña Francisca Carrasco*, la mística del siglo xvii que ya mencionamos en páginas anteriores, fue enseñada por el maestro de capilla de la Catedral de México, ese sacerdote ejemplar que era el licenciado Loaysa. Con él aprendió "la solfa y el canto llano" así como a tocar el órgano, el arpa y la guitarra.<sup>40</sup>

*Sor Juana Inés de la Cruz*, cuya polifacética cultura lo abarcó todo, ocupa en la música del virreinato un lugar especial, porque es la única de quien conocemos que a más de ejecutante en varios instrumentos, escribió una obra sobre teoría conceptual de la música. Obra que ella llamó *El Caracol* porque en el título mismo quiso involucrar el concepto a que habían llegado sus especulaciones y que ella definía como una línea elíptica. Esta obra la guardaban como un tesoro las monjas de San Jerónimo. Allí, dice Ezequiel Chávez, la vio el historiador Fernández del Castillo, pero en la persecución religiosa de los años veinte les fue arrebatada a las religiosas, junto con otros documentos del convento que hoy se encuentran en el extranjero.<sup>41</sup>

<sup>38</sup> F. Agustín de Vetancourt, *op. cit.*, t. iv, pp. 219-221.

<sup>39</sup> Josefina Muriel, *Las indias caciques de Corpus Christi*, *op. cit.*

<sup>40</sup> Domingo de Quiroga, *op. cit.*

<sup>41</sup> Ezequiel Chávez, *Ensayo de Psicología de Sor Juana Inés de la Cruz*, Barcelona, Imp. Araluze, 1931.

Sor Juana tenía en su biblioteca la obra del polifonista italiano Cerone, a la que ella de su puño y letra hizo numerosas anotaciones. Esta obra estuvo en la biblioteca de Jenaro García y hoy mutilada se encuentra en la caja fuerte de la Biblioteca de la Cámara de Diputados.

Muchas de las obras de Sor Juana muestran el amplio conocimiento que tenía de la música, entre ellas los *Villancicos de la Asunción* de 1676 ya mencionados, en los que usa como tema central la escala musical y nos habla de *armonía*, consonancia y disonancias. El padre Calleja dice que tenía en su celda numerosos instrumentos musicales.

Otras monjas que se dedicaron a la música fueron: *Francisca de la Natividad* (1588-1633), criolla poblana. *Teresa de Jesús* (1652-1723), fundadora del Convento de este nombre en la ciudad de México, cuyos conciertos conmovían a arzobispos y virreyes.

Otro de los pocos nombres que conocemos de mujeres organistas es el de la madre *María Juana Martínez*, hija de Miguel Martínez y Ana de Vieira, que en 1810 tocaba el órgano en el convento de Santa Clara de Puebla.<sup>42</sup>

Miguel Bernal nos dio los nombres de muchas jóvenes que cantaban en la escoleta del conservatorio de las Rosas, como lo son los de las tiples primeras y segundas de uno de los coros, pero además mencionó a algunas de las más distinguidas músicas, entre ellas a Doña Mariana del Balle y Sabedra cuyo retrato (1763) se conservaba en la galería de alumnas distinguidas. Allí estudió también doña Ana Duarte, esposa que fue del libertador de México, Agustín de Iturbide. Del Real Colegio de San Ignacio (Vizcaínas) conocemos a la notable música Micaela Jerusalem y Estela a fines del siglo XVIII. Del colegio de Santa Rosa de Viterbo de Querétaro, conocemos a la arpista Lugarda de Jesús. En un exvoto que se encuentra en el coro bajo, aparecen junto a ella una guitarrista y una violinista.

En el libro de profesiones del convento de San José de Gracia se encuentran los nombres de varias músicas, señalándose en escuetas notas marginales su especialidad. He aquí algunos de ellos:

Juana Micaela de San Francisco, hija de Diego de Serralde y Luisa Guerrero, profesó en 1750. Música. María Josefa del Sacramento, hija de Miguel Pérez de Aguilar y Josefa López, profesó en 1749. Música y organista. Nicolasa de San José, hija de Sebastián García Soria y Bárbara Gertrudis Corichi, profesó en 1780. Música. Mariana

<sup>42</sup> Museo del Virreinato, Tepotzotlán. Leyenda en el retrato de Sor Juana María Martínez.

de San Ignacio, hija de Jesús Ventemilla y María Luisa García, profesó en 1793. Música, organista y voz. María Magdalena del Corazón de Jesús, hija de Ignacio de Orbe y Rita Rangel, profesó en 1794. Música y organista.

## LA PINTURA

Respecto a la pintura, sólo queremos señalar que las mujeres también se dedicaron a ella. Existe una leyenda del siglo XVI que atribuye a la Zumaya la pintura del famoso martirio de San Sebastián. Pero esto hasta hoy no pasa de eso: leyenda. Sin embargo, pensando en las esposas e hijas de los pintores y en el hecho de que los talleres de pintura estaban en sus hogares, nos planteamos la pregunta de si ellas no habrían hecho nada en aquellos talleres.

Ahora bien, el que no la conozcamos no es prueba de su inexistencia, pues las mujeres acostumbraban generalmente quedar en el anonimato. Sin embargo, pueden mencionarse algunas obras ciertamente hechas por mujeres, como son las pinturas en los libros conventuales.

Las monjas hacen pintura decorativa en sus crónicas, en las biografías, en los libros de votaciones y otros en que asientan diversos actos de culto. Ejemplo de ellos es el "retrato" de Sor María Magdalena Lorravaquio Muñoz, inserto en su biografía. Ejemplo es todo el libro del *Rescate de Cristo* hecho por las madres del convento de San Bernardo.<sup>43</sup> En él alterna la obra de los miniaturistas del siglo XVIII como Ayala y Pablo José Máximo Jiménez, con la de las monjas, pero la de éstas sin firma. El *Libro de profesiones del convento de San José de Gracia* es otro hermoso ejemplar,<sup>44</sup> como lo es también la portada del libro *Arte de Cocina*, escrito por superior mandato.

Muchas portadas de las crónicas femeninas fueron enriquecidas con dibujos a pluma, en dos tintas o coloreadas a la acuarela. En ellas aparecen grandes capitulares hermosamente ornamentadas, con márgenes formadas por guirnaldas de hojas, flores y pájaros.

Los estilos artísticos imperantes en las diversas épocas pueden observarse en estas portadas. Baste como ejemplo citar la del libro de Fundación de San José de Gracia de incipiente barroco y la crónica del convento de las carmelitas de Querétaro. En su dibujo a tinta podemos ver ese mismo neoclásico que presenta el edificio de su

<sup>43</sup> *Rescate de Cristo*. Libro manuscrito existente en la Sección de libros raros de la Biblioteca de la Universidad Iberoamericana.

<sup>44</sup> ACSJ, *Libro de profesiones del convento de San José de Gracia*. Manuscrito.

iglesia, mezclado ya con el rococó y el romántico. En otras hay columnas barrocas y aun pilastras estípites.

De esa pintura decorativa podemos pasar a otra, la de los retratos de monjas, que nos plantea esta incógnita: ¿por qué la gran mayoría de ellos no están firmados? Los hay de Alcíbar, de Cabrera, de Peralta, pero ¿por qué los artistas que hicieron la inmensa mayoría no los quisieron firmar? Había monjas ricas cuyos padres podían darse el lujo de pagar a los mejores artistas. Pero ¿quiénes pintaron los de las monjas pobres que se hicieron notables en los monasterios? ¿El pintar un cuadro y firmarlo sería, entre las monjas, un acto de soberbia? La única prueba que tenemos de que una mujer podía pintar un retrato en el convento es el autorretrato que se hizo Sor Juana para enviarlo a su amiga, la condesa de Paredes, a España, ese que fue acompañado de los versos que decían: "a tus manos me trasladada el que mi original es...". Las monjas jerónimas del convento de Santa Paula de Sevilla conservan un pequeño retrato, sin firma. La que se encuentra en el museo de Filadelfia dice en la cartela: "copia de la que de sí misma hizo y de su mano pintó... Sor Juana Inés de la Cruz...".

En el convento de San Jerónimo de México existía, años antes de que Sor Juana lo habitara, un fresco que representaba a la Virgen de Guadalupe, ¿quién pudo pintarla dentro de clausura?

Las colegialas de Santa Rosa de Viterbo, en Querétaro, pintaban sobre vitelas las imágenes de los santos de su devoción, porque no podían pagar a los pintores. Esto ocurría hacia 1730.

A fines del siglo XVIII aparece ya sin lugar a dudas una pintora. Se trata de doña Guadalupe de Moncada y Berrio, de la que sabemos que la Academia de San Carlos la nombró el 9 de julio de 1794 "Académica de Honor y Mérito y directora honoraria en el ramo de pintura por aclamación".\* La razón de ello fue la presentación de una obra que a los académicos les pareció perfecta y que fue colocada en la Real Academia.<sup>45</sup>

En el museo del Convento de Santo Domingo de Oaxaca existe el autorretrato de otra pintora del virreinato.

Sabemos por diferentes menciones que las mujeres estudiaban pintura en sus casas, al igual que otras materias ya mencionadas. En el siglo XVIII nos lo confirma el hecho de saber los nombres de algunos maestros. Entre los documentos de la Antigua Academia de San Car-

\* En esta época aparece en Francia la célebre pintora Mme. Lebrun.

<sup>45</sup> Justino Fernández, "Guía del Archivo de la Antigua Academia de San Carlos 1781-1800", Suplemento del no. 37 de los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, 1968. Caja n. 36 C.

los hay unos que mencionan a don Bernardo Gil, maestro de dibujo, como profesor de las hijas de la marquesa de Sonora en 1786.<sup>46</sup>

Las pintoras en el siglo XIX son numerosas; sus obras se conservan como tesoros en las pinacotecas de las familias mexicanas. Algunas firmadas, otras muchas no.

#### LA ESCULTURA

Las mujeres incursionaron también en la escultura. Sabemos que las colegialas de Santa Rosa de Viterbo hacían, para vender, niños Jesús de *cera* y que las monjas indias de Corpus Christi hacían imágenes con los lienzos de lino que en la sacristía se desechaban por insertables.

#### EL BORDADO

La artesanía del bordado que en España tuvo desarrollo incomparable, como lo vemos por ejemplo en el Monasterio de Guadalupe en Extremadura, pasó a la Nueva España donde los hombres bordadores ocuparon un lugar muy importante con sus talleres y cofradías.

Entre las mujeres comienza a divulgarse, por orden de la emperatriz doña Isabel, entre las mujeres indígenas que sabían tejer las telas, pero no bordarlas.

Los cronistas del siglo XVI empiezan a mencionar ornamentos bordados por mujeres y donados a sus iglesias. En los siglos siguientes son frecuentes las noticias sobre los bordados en los colegios, recogimientos y conventos. Uno de los ejemplares más hermosos es el ornamento que fue hecho por las monjas del convento de Santa Rosa de la ciudad de Puebla, hoy perteneciente al museo Bello. Se trata de una verdadera pintura a la aguja en el cual aparece una angélica orquesta como la que se veía ya en las pinturas del coro alto que ya mencionamos.

#### LAS MATEMÁTICAS

Hubo también en el virreinato mujeres que se distinguieron como matemáticas. Las aprendieron para poder administrar sus propios bienes, por ejemplo, haciendas y comercios, o bien para llevar la

<sup>46</sup> *Ibidem*, Caja 241 y 36 C. Cartas de D. Bernardo Gil, 1783, 1786.

contabilidad de las instituciones a las que pertenecían. Por ello, cuando encontramos en los archivos el nombre de la Contadora, sabemos que estamos frente a una mujer experta en matemáticas.

Los bienes de instituciones los manejaba siempre un administrador, pero tenía que dar cuenta de ellos a la contadora. Cuando ésta sabía bien la aritmética, los bienes iban en aumento, cuando no, los resultados fueron desastrosos, hasta llevar a la ruina económica a muchas instituciones.

La necesidad de enseñar a las mujeres a administrar sus bienes hizo que en los colegios y escuelas se les enseñara la aritmética al unísono con la lectura y escritura. Aunque siempre habíamos pensado que sólo se les enseñaba a sumar, restar, multiplicar y dividir, el encuentro de una obra escrita para enseñar a una monja del convento de Santa Clara nos ha descubierto que algunas aprendían más que eso. Se trata del libro que en 1797 escribió el maestro examinador don Ignacio Rivera, titulado: *Libro de Cuentas, con las cuatro reglas de la Aritmética, explicadas para uso de la M.R.M. Sor María Francisca de la Concepción, religiosa de Velo y Choro en el Convento de Nuestra Madre Santa Clara*.

La obra se inicia con una explicación de lo que es la aritmética, lo que son los números y sus combinaciones. En seguida viene la primera regla que comprende lo que son unidades, decenas, centenas, millares, etc.

La segunda, tercera, cuarta y quinta reglas son las cuatro operaciones. Después explica lo que es partir por entero, que comprende regla de tres simple, con tiempo, compuesta y de compañía con tiempo. Las complicaciones que traía el carecer de un sistema como el decimal para los cálculos matemáticos lo hizo añadir al final un "Modo Breve, para saber contar maravadíes y reales y saber de memoria hasta un ciento". Ejemplo:

1 real tiene 34 maravadíes  
2 reales tienen 68 maravadíes, etc.

Los números romanos y sus equivalentes, la "tabla de aritmética", las medidas de longitud y peso también están incluidas. Se define la vara castellana, la libra, la "Libra Médica (*sic*) y el marco de oro y plata".

En esta obra el autor trata de dar un resumen de "lo más preciso que una religiosa u otra señora debe saber, para sus compras o ajustes de cuentas que se le pueden ofrecer".<sup>47</sup>

<sup>47</sup> Ignacio Rivera, *Libro de cuentas con las cuatro reglas de la Aritmética, ex-*



Sin creer que todas las mujeres sabían estas elementales matemáticas, puesto que la educación era por demás elitista, sí podemos asegurar que este nivel de conocimientos lo alcanzaban las mujeres de un mediano y superior nivel económico.

Entre las mujeres que se distinguieron por ese tipo de conocimiento y deslizaron sus plumas para hacer números, tenemos en el siglo xvi a la tantas veces mencionada carmelita Inés de la Cruz, en esta ciudad, y a Luisa de San Nicolás, del Convento de San José de Puebla, y a Sor Juana Inés de la Cruz en el xvii. Esta última destacada no sólo como contadora sino también como interesada en la relación de las matemáticas con la física y aun con las Sagradas Escrituras para cuya comprensión se valía de ellas. Su primer biógrafo dice que en su celda tenía "instrumentos matemáticos", lástima que no menciona cuáles. Hay que notar que si bien Sor Juana se negó siempre a aceptar puesto alguno de alta categoría en San Jerónimo, el oficio de contadora lo tuvo varias veces hasta su muerte.

Pero no sólo las mujeres en las instituciones sabían aritmética, sino también las que vivían en sociedad. Cuando leemos las biografías de aquellos tiempos, con frecuencia encontramos la noticia de que administraban los bienes familiares; tal es el caso en el siglo xviii de dos mujeres, una de clase apenas medianamente acomodada y la otra de la nobleza, Josefa Antonia Gallegos en Pátzcuaro, y en México la marquesa de Selva Nevada.

En este mismo siglo vivió doña Francisca Gonzaga Castillo, cono- cedora de las matemáticas y la astronomía, que publicó en 1756 unas *Ejemérides calculadas al Meridiano de México para el año de 1757.*

*plicadas para uso de la M.R.M. Sor Maria Francisca de la Concepción en el convento de N.M. Santa Clara... Escrito para mayor claridad por el maestro Don... Año de 1797. Manuscrito existente en la Biblioteca del Congreso.*